

YO TAMBIÉN

En ocasiones la vida es incierta y puede sorprendernos, eso es algo que todos sabemos, lo que no tenemos claro es hasta que punto puede jugar con nosotros y dejarnos claro que por mucho que nos creamos, esta siempre buscará la manera de darnos una merecida lección hasta cuando pensamos que ya poco tenemos que aprender de ella.

Esto me recuerda a la historia de Antonia y Juana, amigas en la infancia por ser del mismo pueblo, cuñadas en la juventud y enemigas en la vida adulta y la vejez. Qué pasó entre ellas es la pregunta que os estaréis haciendo y que a mi me gustaría contaros de una manera breve para que conozcáis esta pequeña gran historia, como tantas otras.

Antonia y Juana vivieron desde niñas en un pequeño lugar de la mancha del que casualmente al igual que el gigante literario yo tampoco quiero acordarme. Las inseparables amigas asistían juntas al colegio y después a clases de costura, bien podemos confirmar que una no daba paso sin que la otra lo supiera. De esta manera tan alegre pasaban los años hasta que nuestras dos protagonistas se convirtieron en familia, casándose Antonia con el hermano de Juana, y hasta aquí todos contentos, felices y pudieron haber comido perdices pero lamentablemente os adelanto que no fue el caso.

La vida pasaba, ambas tuvieron descendencia y entre bautizos, comuniones, navidades y otras celebraciones familiares, las cosas transcurrían de manera agradable para casi todos, puesto que la realidad que no se veía era que Antonia no podía más con la vida que le daba el hermano de Juana. Un día ocurrió un incidente que traspasó todas las líneas, y como bien imagináis este incidente no fue el primero, pero dada la gravedad de la situación Antonia juró que sería el último. Agarró las cuatro cosas que pudo y con sus dos críos, uno en brazos y otro de su

mano, se marchó para no volver a casa de unos familiares que tuvieron la bondad de recogerla.

Podéis prever que esto supuso un antes y un después en la relación llegando a no volver a hablarse e incluso girando la cara cuando la una se encontraba con la otra y todo lo que oían era “que sabes que dicen que la otra ha dicho de ti que...”, muy típico de una época donde de lo poco que se hablaba era del que había hecho las fechorías.

Los años pasaron y tras décadas viviendo dentro de esta espiral de odios y reproches ambas se reencontraron en su nuevo hogar, la residencia de la tercera edad de una localidad cercana a su pueblo natal que sería su nueva casa en esta etapa final de sus vidas. No fue fácil para ninguna de las dos, pues el proceso del cambio de vida ya era complicado de por sí y encima a ello había que sumarle este suceso inesperado.

Nadie dentro del centro conocía la historia. Ellas parecían llevarlo con la máxima discreción como si hubieran acordado un pacto entre ambas que realmente nunca se había producido, por lo que para el personal simplemente eran dos mujeres que no congeniaban y por eso no pasaban tiempo la una con la otra.

Y así llegamos al presente. Todos sabemos la situación actual en la que nos encontramos y como lamentablemente para las residencias de ancianos el covid se ha convertido en el gran enemigo, arrasando por ellas sin piedad contra los que menos lo merecen. Eran muchos los positivos dentro del lugar y una mañana escuchando mucho alboroto en los pasillos Juana se enteró por una de las trabajadoras que Antonia estaba siendo trasladada al hospital puesto que su estado no era nada favorable. De repente sin nadie esperarlo, con la orden de no poder abandonar su cuarto, Juana salió lo más rápidamente que pudo hecha un mar de lágrimas ante los gritos de sorpresa del personal que intentaba retenerla por su bien para que volviese dentro, pero sacando fuerzas de dónde pudo, consiguió acercarse lo máximo posible a la camilla donde Antonia estaba siendo trasladada y en voz alta dijo lo siguiente ante el desconcierto de todos:

- Antonia, que quiero que sepas que yo también lo hubiese dejado. Que yo sé como era y que si hubiera estado en tu situación y hubiese tenido valor habría hecho lo mismo.

Y de esta manera las dos con lágrimas en los ojos se separaron asintiendo y desprendiéndose de la mochila más pesada que les había acompañado a lo largo de su vida.

Esta no es una historia de buenas y malas, es una historia de la vida como tantas otras, en las que las circunstancias y la educación marcaron el destino de tantas mujeres. Supongo que queréis saber si Antonia se recuperó, me alegro enormemente de informar que sí, ahora las dos están tan unidas como antiguamente esperando que toda esta pesadilla termine y puedan compartir juntas muchas más actividades. Por ello, cuidémonos, porque todos merecen un final tan feliz como el de las dos amigas.

FIRMADO: Tristana Tormento Campoamor.